

Reseña

Educación, medio ambiente y sustentabilidad*

Dr. Javier Reyes Ruiz

Centro de Estudios Ecológicos AC

Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias

Universidad de Guadalajara

*Libro presentado en el X Congreso Nacional de Investigación Educativa.

25 de Septiembre de 2009, Veracruz, Ver. México

Desde distantes territorios geográficos, pero cercanas latitudes críticas, los autores de la obra fijan de entrada una clara postura: la educación no es una mercancía ni es un instrumento. Expresan de manera enfática que la educación habita otros imaginarios. Sin explicitarlo, coinciden con Steiner en que la educación es un ejercicio del ingenio, una disciplina del corazón.

A la vez, sugieren que la educación ambiental no es un reloj suizo desarmado, que una vez que junte sus piezas empezará a andar con sincronía perfecta. No sólo no lo es, sino que ni siquiera aspira a serlo. Más bien, dicen los autores, en dicho territorio la contradicción es siempre parte del paisaje; el problema, en todo caso, es cuando, como ha sucedido por momentos, la contradicción se convierte en el paisaje mismo.

Aún sabiendo que aquéllos que se mantengan críticos no serán llamados al reino de la sustentabilidad oficial, los autores mantienen una postura de distancia con la tendencia de la educación para el desarrollo sostenible. Abundan en razones para ello. Por ejemplo:

Sauvé, Berryman y Brunelle, de Canadá, afirman que el modelo explicativo predominante sobre la crisis ambiental, en el que cabe la educación para el desarrollo sostenible impulsada por los organismos internacionales, consiste en repetir como un eco infinito:

1. Ha habido buenos esfuerzos
2. Sin embargo, los resultados no son suficientes y la situación continúa deteriorándose
3. Por lo tanto, hay urgencia

¿Urgencia de qué? De seguir haciendo lo mismo: es decir, un carrusel de acciones, búsqueda de

resultados, formulación de indicadores, alusiones a las competencias y a los cambios de comportamiento. Dejándonos huérfanos de reflexión y pensamiento crítico. Y entonces, las ciencias sociales, y entre ellas la educación y la psicología sirven, en esta perspectiva, para movilizar a la gente. En tal contexto la concepción humanista de educación se colapsa bajo el peso de una visión instrumental.

Pablo Meira, español, señala que la educación puede y debe ser un vector de innovación social, pero esto sólo puede tener éxito si se produce un cambio de modelo de sociedad y su sistema educativo, transformación orientada a la búsqueda de un desarrollo verdaderamente humano. Y este indispensable cambio de modelo es lo que niega, por omisión, la educación para el desarrollo sostenible.

José Antonio Caride Gómez, también de origen ibérico, apunta cómo los organismos que impulsaron y consolidaron la EA y la presentaron como una de las herramientas más importantes para enfrentar los desafíos del futuro, hoy forman un coro para decir que fue un campo de pruebas fallido, y que por lo tanto es necesario su abandono para darle cabida a la educación para el desarrollo sostenible, cuya ambigüedad política no puede disfrazar la moral de oportunidad que la caracteriza. Esto implica, denuncia el autor, el desconocimiento o desprecio por la identidad histórica, crítica y reflexiva que hay detrás del término educación ambiental.

Bob Jickling, de Canadá, nos invita a abandonar incertidumbres legítimas, a rechazar los esfuerzos deterministas que ven en la educación la herramienta para divulgar lo que un pequeño segmento de la sociedad ha decidido lo que es

mejor para el resto. Son las voces críticas e inconformes las que han sido cruciales en la historia para ensanchar la participación social. Tales posiciones críticas son las que han evitado una mayor erosión de las instituciones democrática y han sido baluartes en la resistencia a las imposiciones ideológicas. Por eso, afirma Jickling, es necesario hacer frente a términos huecos, mal definidos e incapaces de imponer sanciones a gobiernos y empresas, como es el caso del desarrollo sostenible. En este sentido, una buena educación debe permitir salir y extendernos más allá de las murallas y trincheras de tal desarrollo sostenible, de sus fines y de sus procesos.

José Gutiérrez y María Teresa Poza, de España, plantean la necesidad de defender una educación despreocupada por lo políticamente correcto y que, en consecuencia, tenga la gallardía de incomodar al pensamiento único sobre los modelos de la economía, el uso de los recursos, las razones de las guerras, los motivos de la injusticia y las sinrazones de la inequidad. Frente a la conservación ambiental ortopédica, resulta indispensable fortalecer discursos educativos que, desde el compromiso activo, vean más el mueble que el barniz.

En un sugerente acercamiento, Ian Robottom, investigador australiano, usando la categoría analítica "sistema de slogan" de Popkewitz, señala cómo la educación para el desarrollo sostenible, a diferencia de la educación ambiental, resulta más coherente con los intereses dominantes del desarrollo económico. Y en este sentido, se corre el alto riesgo de que este reetiquetamiento de la educación sobre el medio ambiente no induzca algún cambio real o duradero, pero que gane terreno al desplegar una gran actividad discursiva

que, en el mejor de los casos, impulsará más acciones, pero con la misma lógica predominante, coincidiendo con lo planteado por Lucie Sauvé.

Finalmente, González Gaudiano, de México y coordinador de la obra, valora que la educación ambiental, a pesar de sus escasas aportaciones para modificar la aguda tendencia del deterioro ecológico, se ha mantenido como una fuente de tensión al cuestionar los valores que hegemonizan el mundo social, abonando con ello el malestar que produce lo ambiental en el mundo de la economía.

La lectura del libro deja claro que pesimistas y optimistas reconocen la existencia de un hecho que es hoy más realidad que amenaza: el desbordamiento de la crisis ecológica. Los autores apuntan que la educación ambiental ha venido desplegando sus esfuerzos y creatividad, aunque con frecuencia insuficientes, para diseccionar la situación actual y, en consecuencia, argumentar que resulta imprescindible y urgente cambiar el modelo económico; en tal sentido dejan claro que sólo la educación que se la juegue, que tienda a abrazar lo imprevisible, puede favorecer dicho cambio. Las lecturas cobardes dan serenidad, pero no permiten explorar el mundo por cuenta propia.

En contraste, la educación para el desarrollo sostenible vende la idea de una realidad virtual que nos hará a todos felices consumidores verdes. Ellos tienen la mercadotecnia de su lado, pero no la salida del laberinto.

¿Cuál es la utopía social de la educación ambiental? Cuesta trabajo configurarla a partir de la lectura, pero Meira enfatiza la necesidad de promover acciones en una doble dirección: reducir la presión sobre un ambiente finito y avanzar en la

satisfacción universal, justa y equitativa de las necesidades humanas, pero más allá de eso no se dan otras referencias, lo que se convierte en una de las debilidades del libro. ¿Cuál es la utopía de la educación para el desarrollo sostenible? Los autores dejan ver que es misma sociedad que tenemos hoy, pero con menos pobres y más riqueza, con más producción y menos contaminación, con todos integrados y ningún apocalíptico.

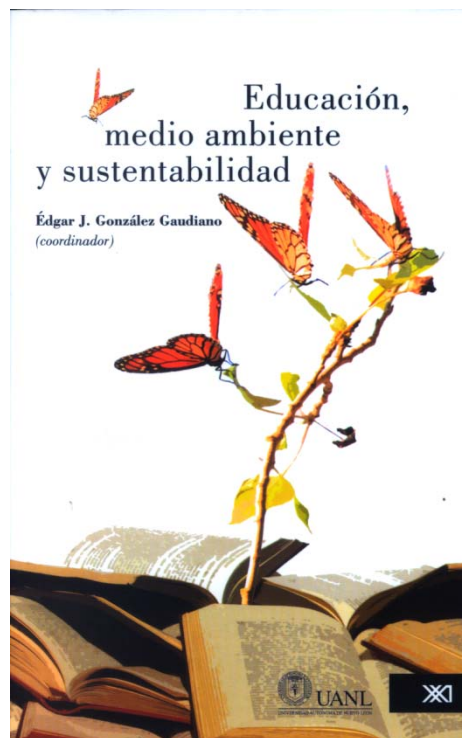
La lectura de esta obra lleva a pensar que no hay, desde el establishment institucional, una operación internacional implacable para desfondar a la educación ambiental; existe más bien la táctica del desprecio y el olvido. Pero muy probablemente se trate de un mal cálculo, pues *Educación, medio ambiente y sustentabilidad*, deja una evidente fuerza que atraviesa toda la obra que existe un entre los educadores ambientales, formados en un discurso y en una práctica que abrevan en posiciones críticas frente al modelo de desarrollo, un espíritu colectivo que no puede ni quiere huir de sus posturas esenciales, de las propias travesías, convicciones, apuestas, ni del reconocimiento crítico de los propios errores. Los educadores ambientales asumen la necesidad de renovación, sin duda, pero no la de inventarse un cuerpo totalmente nuevo.

En los artículos se acepta que la educación ambiental no se ha infiltrado en el corazón de los saberes y discursos educativos, sin embargo ello no significa que sea un epifenómeno que se pueda suprimir o asfixiar por el deseo de cambiar su forma de nombrarla. Es posible que los primeros pasos de esta tendencia educativa se hayan dado tentando en la oscuridad, pero un aporte sustantivo del libro es que deja ver que cuenta con resplandores suficientes para no

perdersse en cualquier encrucijada, para reconocer los puntos focales que le generan rumbo e identidad.

Debemos agradecer mucho a Edgar González Gaudiano (quien se ha convertido en un acucioso tejedor de encuentros), este libro que tiene el gran mérito de poner en diálogo, casi íntimo, a autores que no piensan lo mismo, pero buscan lo mismo: no dimitir en el compromiso con la crítica. Y tal interlocución nos permiten a los lectores bucear en eso que somos para poder entender lo que ocurre y nos ocurre, sobre todo frente a un embate internacional analizado desde distintas perspectivas en esta obra, que nos obliga a hacer pugilato, lo cual desgasta, pero también mantiene en forma.

La obra aquí comentada permite a quien no sea educador ambiental tener una radiografía fina y de cuerpo entero, incluyendo historias y tendencias, de los temas de debate sustantivo en este campo. A los que sí nos consideramos educadores ambientales esta obra nos permite entender que no somos zombis deambulando en nuestras propias ruinas, sino que tenemos una voz para seguir interpelando al destino. Es seguro que la educación ambiental no ha configurado algún fuerte barullo de campanas, pero el libro nos deja claro que sí se han creado algunos repiques esenciales, y ello no es nada menor, en un mundo que se queja mucho, pero cuya crítica sustantiva y medular sigue siendo poca.



A partir de la declaratoria del decenio de las naciones unidas de la educación para el desarrollo sustentable (2005-2014), el debate sobre el desarrollo sustentable se ha extendido al campo de la educación. Con el pretexto de este decenio se ha reactivado una discusión que era necesaria dentro del campo de la educación ambiental, desedimentando numerosos tópicos que requerían ser revisados a profundidad, no sólo debido a la lábil y vertiginosa realidad de los tiempos actuales, sino por los precarios resultados de los procesos educativos de cara al problema del progresivo deterioro de nuestro entorno vital. Dichos resultados han sido consecuencia de numerosos factores, nos corresponde revisar por qué los procesos educativos han operado dentro de la gestión ambiental con una perspectiva eminentemente instrumental. Y, por qué en la gestión educativa, la gestión ambiental ha

terminado por acomodarse dentro de la castrante estructura de un currículo que ya ha perdido todas sus posibilidades heurísticas. Un currículum escolar, como la escuela misma en su conjunto, que requiere también una revisión de fondo porque los valores que transmite son insustentables. Sin embargo, la respuesta a todo esto no es la educación para el desarrollo sustentable y algunas de las razones que convalidan esta postura se encuentran en este libro. Así, esta obra reúne a once distintos autores de México, España, Canadá, Australia, Sudáfrica y Nueva Zelanda que exponen sus puntos de vista sobre las implicaciones de la educación para el desarrollo sustentable, sobre el propio decenio de naciones unidas y sobre el campo de la educación ambiental. Son trabajos indispensables para quienes se encuentran en estas tareas o pretenden adscribirse a ellas. Son trabajos críticos para los educadores en general, pues este debate trasciende este campo e irradia consecuencias para el campo social en su conjunto.